

Teodoro Hampe Martínez

Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (Lima, 1906 - 1911)

Resumen: Este artículo reconstruye las circunstancias personales e intelectuales del trabajo de Max Uhle como director del Museo de Historia Nacional en Lima, de 1906 a 1911. Se estudian sus actividades en el marco de la fundación de la historiografía científica peruana, se rastrean sus trabajos de campo y sus ensayos de interpretación, y se enfocan sus diversas conferencias, publicaciones, cartas y viajes. Han sido utilizadas las libretas personales de Uhle que guarda el Instituto Ibero-Americano de Berlín.

Abstract: This article is focused on the reconstruction of the personal and intellectual conditions under which Max Uhle worked as Director of Lima's Museo de Historia Nacional, from 1906 until 1911. His activities within the scope of the Fundación de la historiografía científica peruana will be studied, his fieldwork and interpretative essays will be traced, and finally his multiple lectures, publications, letters and journeys will be examined. For this purpose Uhle's personal notebooks had been utilized which are kept by the Ibero-Amerikanisches Institut at Berlin.

Friedrich Max Uhle (1856 - 1944), el indiscutido “padre” de la arqueología andina, es también el iniciador de las excavaciones sistemáticas en los países de esta región. Uhle no permaneció a la zaga del movimiento revolucionario en arqueología que operó durante la segunda mitad del siglo XIX en el continente europeo, pues su formación universitaria en Leipzig y Göttingen lo nutrió de los mayores adelantos científicos de la época. Tan pronto como se graduó de doctor en letras, con una tesis sobre la gramática china preclásica (1880), empezó a trabajar como conservador asistente en el Real Museo Zoológico y Antropológico-Etnológico de su ciudad natal, Dresden, la admirada “Florenxia del Elba”.

Por esos años Uhle debió de caer bajo el influjo de la obra de Wilhelm Reiss y Alphons Stübel, *Das Totenfeld von Ancón in Peru* (3 vols., 1880-87), que representa el primer informe minucioso sobre una excavación arqueológica en el Perú; esta pieza despertó considerable atención en los círculos de investigadores del pasado, levantando un especial interés por el área andina como terreno de estudio. Más aún, nuestro personaje sintió el personal estímulo de Stübel, quien vivía en



Dresden y conocía muy de cerca al inquieto asistente, “al que insufló inspiración por desentrañar verdades inéditas en estas tierras” (Linares Málaga 1964: 20).

Al trasladarse con rango similar de asistente al Museo Etnológico de Berlín, en 1888, Uhle entró bajo la afortunada tutela del director Adolf Bastian, quien era un antropólogo y viajero conocedor de la América del Sur, autor de *Die Kulturländer des alten Amerika* (3 vols., 1878-89). Casi inmediatamente de su traslado a Berlín, le tocó realizar su debut ante la comunidad de estudiosos americanistas participando como expositor y como asistente de secretaría en el VII Congreso Internacional de Americanistas, que se realizó en 1888 en la capital prusiana. Luego Bastian comisionó a este discípulo para que viniera a investigar sobre el terreno las modalidades de difusión de la cultura quechua, y fue así como se embarcó en noviembre de 1892 con destino a Buenos Aires, llevando el propósito de estudiar la ruta de penetración de los incas en sentido inverso, o sea, de la Argentina al Cuzco. Su llegada a estas tierras coincidió virtualmente con el cuarto centenario del descubrimiento de América; por lo cual se ha reflexionado que Uhle, “cuatrocientos años después de Colón, pisa tierra del Nuevo Mundo ... [y] lo descubre con la misma fascinación y convicción de enfrentarse a horizontes inexplorados que esperan su intervención personal” (Kaulicke 1994: 7).

En una etapa subsiguiente, contando con el apoyo económico de grandes universidades estadounidenses, pudo realizar su anhelado deseo de visitar el Perú, la nación de los incas. A partir de sus excavaciones en la costa vecina a Lima en 1896, inició en este país la investigación arqueológica sobre bases estratigráficas, y la profundizó luego de su contrato firmado en 1899 con la señora Phoebe Apperson Hearst, benefactora de la Universidad de California, Berkeley. Sin dejar de lado las contribuciones que brindó con esta serie de trabajos, aquí nos fijaremos sobre todo en la gestión que Max Uhle llevó a cabo como director del Museo de Historia Nacional, en Lima (1906 - 1911), y en sus relaciones personales e institucionales con la historiografía peruana de comienzos de siglo.

1. En torno al Instituto Histórico del Perú

En marzo de 1903 Uhle firmó un nuevo contrato de investigación con la señora Hearst, de tres años de duración, pero se quedó en el campus universitario de Berkeley mientras terminaba la redacción de sus descripciones arqueológicas de sitios de la costa y sierra peruanas que había previamente visitado: el valle de Moche, la ciudadela de Marca Huamachuco, el valle de Chincha, el valle de Ica, el valle de Pisco y las ruinas de Huaitará. En noviembre de 1903 salió de San Francisco, California, y arribó al puerto del Callao el 10 de diciembre siguiente (Rowe 1954: 9). Venía esta vez en compañía de su flamante esposa, Charlotte Dorothee (Lotti) Grosse, secretaria de Filadelfia que traducía sus manuscritos al

inglés. La primera vivienda que Uhle tomó con su señora en Lima fue una casita — letra J — en la tradicional Quinta Heeren, de los Barrios Altos, alquilada desde enero de 1905 por una renta de 30 soles al mes.

En sus investigaciones de campo, tentó la posibilidad de encontrar en el litoral civilizaciones que pudieran considerarse como precursoras de las por él descubiertas cerca de Moche (Proto-Chimú) y entre el valle de Chíncha y Ocucaje (Proto-Nasca). Podemos conocer muchos detalles de las excavaciones que realizó hasta diciembre de 1905, fecha de la terminación anticipada de su compromiso con la Universidad de California, gracias a las cartas que frecuentemente remitía a la señora Hearst y que hoy están aptas para consulta en el museo de antropología de Berkeley (cf. Rowe 1954: 109). Por ese mismo tiempo se estaba produciendo una renovación sustancial en las bases de trabajo y en el sustento gubernativo de la historiografía peruana, hecho sobre el cual conviene que tratemos someramente enseguida.

Consumada la debacle en la guerra con Chile (1879 - 1883), los grupos sociales dirigentes de Lima decidieron emprender una profunda investigación de la realidad peruana, a fin de explicarse las causas del desastre producido y conseguir luego la “regeneración” del país. En medio de este ambiente fue surgiendo un sentimiento nacionalista, nutrido por el deseo de resaltar los valores más importantes de la cultura patria: la lengua, las tradiciones, el paisaje. Y es dentro de tales circunstancias que debe comprenderse el establecimiento de las primeras entidades académicas que han tenido vigencia perdurable hasta nuestros días. Así hay que mencionar a la Academia Peruana de la Lengua (formada gracias al empeño de Ricardo Palma), que se inauguró solemnemente el 30 de agosto de 1887, y a la Sociedad Geográfica de Lima, que fue creada por decreto supremo del 22 de febrero de 1888; en ambos casos sirvió como propulsor de la vida institucional el Presidente Andrés Avelino Cáceres.

En aquella época también aparecía dentro de la intelectualidad peruana la corriente positivista, que en su vertiente sociológica tuvo como exponentes ilustres a Javier Prado, Manuel Vicente Villarán, Alejandro O. Deustua, Mariano H. Cornejo. En cuanto a la investigación histórica, destacan los trabajos de carácter positivista de Enrique Torres Saldamando (estudioso de los jesuitas y las encomiendas de indios), Manuel González de la Rosa (erudito manejador de las crónicas del siglo XVI), José Toribio Polo (funcionario del ramo de Hacienda e investigador de la minería, epidemias y personajes notables), Pablo Patrón (médico aplicado al escudriñamiento de las lenguas indígenas) y otros más, que se hallarían en 1905 entre los fundadores del Instituto Histórico del Perú. Con la mayor parte de estos intelectuales mantuvo vinculación cercana, como amigo y como colega, Max Uhle.

En el marco de su plan de fomento a la instrucción pública, y considerando que “conviene propender a la formación de la historia nacional”, el Presidente

José Pardo y Barreda fundó el Instituto Histórico del Perú por decreto del 18 de febrero de 1905.¹ Como medida complementaria, una resolución suprema del 8 de marzo designó al personal fundacional de la corporación: cuarenta individuos, entre miembros natos y miembros de número (los únicos designados por el Gobierno en la historia del organismo). En la primera junta general se eligió para la presidencia del Instituto a don Eugenio Larrabure y Unanue, hacendado costeño, investigador de “antiguallas” y miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, tras lo cual el 29 de julio de 1905 tuvo lugar la instalación oficial, en una solemne ceremonia realizada en la sede de la Cámara de Diputados, con asistencia del Presidente de la República, ministros de Estado, magistrados, congresistas y representantes diplomáticos.

Los primeros estatutos — que vinieron a normar la actividad institucional por más de medio siglo — habían sido promulgados el 10 de julio de dicho año. En ellos se especificaban las atribuciones del Instituto, “cuerpo que tiene por objeto cultivar y promover el estudio de la historia nacional” (art. 1º). Bajo su dependencia se puso al flamante Museo de Historia Nacional, y junto con éste recibió como sede el magnífico Palacio de la Exposición de Lima, construido originalmente para albergar a la feria internacional de productos que se llevó a cabo en la capital peruana en 1872.

Entre los objetivos que se asignaron al Instituto Histórico figuran los siguientes: [1] recoger y conservar ordenadamente manuscritos, libros, cartas geográficas, estampas y otros materiales útiles a la historia nacional; [2] promover y recompensar la redacción de obras históricas, ora monográficas o generales, sobre el país; [3] proponer al Gobierno lo que considerase útil para el conocimiento, difusión y progreso de las ciencias históricas; [4] conservar los monumentos nacionales de carácter arqueológico o artístico; [5] supervisar la administración de todos los museos y archivos de la República, en especial del Museo de Historia Nacional y del Archivo Nacional. Observamos, pues, que se encomendó a la corporación una tarea muy vasta y en realidad difícil de cumplir, constituyéndola en el organismo rector de todo lo relativo a los trabajos históricos y arqueológicos en el país.

De acuerdo con los estatutos (art. 4º), el Instituto se componía de cuatro clases de miembros: numerarios, natos, honorarios y corresponsales. Dejaremos de lado ahora a los de la primera clase, sobre los cuales hemos tratado especialmente en un artículo, haciendo relación completa de ellos (cf. Hampe Martínez 1983-84). Los miembros natos — categoría que pronto caería en desuso — podían resultar tales ya sea por los cargos que ejercían en la administración pública o la

¹ He tratado extensamente sobre los orígenes y desarrollo de esta corporación en la ponencia “Trayectoria y balance en la historiografía peruana: 90 años de la Academia Nacional de la Historia (1905 - 1995)”, presentada al XI Congreso Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (Liverpool 1996).

docencia, o por ser “correspondientes en el Perú de la Real Academia de la Historia de Madrid y de otras academias o sociedades extranjeras dedicadas al estudio de la historia”. En virtud de esa primera disposición, alcanzaron a integrar la nueva entidad personajes de la talla del tradicionalista Ricardo Palma, quien era el director de la Biblioteca Nacional, y el antiguo Presidente Francisco García Calderón, quien al final de su vida desempeñaba la rectoría de la Universidad Mayor de San Marcos.

Tarea ardua debió de significar para el Gobierno la designación de una treintena de miembros de número, pues en aquel entonces eran realmente pocos los estudiosos aplicados por entero a la investigación histórica. De ahí se explica que muchos de aquéllos fueran burócratas y magistrados que se dedicaban a la Historia de manera sólo incidental. Aun con esto, el elenco de fundadores del Instituto — más tarde (1962) convertido en Academia Nacional de la Historia — comprende varias de las figuras intelectuales más relevantes de principios de siglo: Sebastián Barranca, Mariano H. Cornejo, Emilio Gutiérrez de Quintanilla, Miguel Antonio de la Lama, Víctor M. Maúrtua, Javier Prado, Nemesio Vargas, Carlos Wiesse ... Tales eran los compañeros de sesiones del arqueólogo Uhle.

A través de la evolución que se ha operado en las plazas de numerarios del Instituto Histórico o Academia Nacional de la Historia por más de noventa años, es posible reconocer características saltantes de las generaciones de historiadores peruanos que han existido durante el siglo XX. Y es que, como señala César Pacheco Vélez (1978) — citando a Ortega y Gasset —, cada generación implica un modo peculiar de ver el mundo, de sentir la existencia e interpretar la historia. De hecho, fueron los integrantes de la generación positivista quienes establecieron el organismo y retuvieron en él los cargos directivos por espacio de cuatro décadas: época de las sucesivas presidencias de Eugenio Larrabure y Unanue, el general Juan Norberto Eléspuru, Felipe de Osma y Pardo, y Mariano Ignacio Prado y Ugarteche (hasta 1946).

2. Los orígenes del Museo de Historia Nacional

Bajo el único considerando de que “la cultura del país exige la formación de un museo en que se reúnan, conserven y exhiban al público, debidamente expuestos y catalogados, los objetos que se relacionen con nuestra historia”, el Presidente José Pardo y Barreda suscribió el 6 de mayo de 1905 el decreto por el cual fundaba el Museo de Historia Nacional, poniéndolo bajo la dependencia del Instituto Histórico del Perú y dándole como base las colecciones existentes de propiedad pública (Tello y Mejía Xesspe 1967: 60). Sirvió de local al flamante organismo la planta alta del Palacio de la Exposición (todavía conservado hoy como Museo de Arte de Lima), que en enero de 1906 se tomó en arriendo al municipio limeño.

Enseguida surgió la necesidad de designar al personal responsable del Museo y de poner orden en los artefactos, muebles, osamentas, pinturas y documentos que serían dignos de exhibición. Dos fueron las secciones creadas dentro de dicho organismo: [a] la de Arqueología y Tribus salvajes, puesta al cuidado de Max Uhle, y [b] la de la Colonia y la República, confiada a la responsabilidad de José Augusto de Izcue.

El área que ocupaba el Museo en dicho local era de 3.424 metros cuadrados, divididos en cinco salas. Pocos eran al comienzo los objetos en el ramo de Tribus salvajes, que comprendía testimonios de las etnias pobladoras de las cuencas del Amazonas, Ucayali y Urubamba. En la sección de Arqueología propiamente dicha se exhibían artefactos de la prehistoria americana, pertenecientes a las diversas culturas preincaicas y a la civilización quechua del Cuzco. Uhle se preocupó desde el inicio — aunque con poco éxito — por mostrar un conjunto representativo de las variadas épocas y regiones del territorio peruano.

Al realizarse la solemne ceremonia de inauguración del Museo, el 29 de julio de 1906, en presencia del Presidente Pardo y de los más importantes dignatarios de la República, se contaba con un total de 2.134 especímenes arqueológicos del antiguo Perú. Merced a la prolija investigación efectuada por Julio C. Tello y Toribio Mejía Xesspe (1967: 63), podemos conocer la procedencia exacta de dichas piezas: 994 llegaron por traspaso del Museo Municipal de Lima; 126 de la Sociedad Geográfica de Lima; 115 del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción; 148 se habían comprado en diversos establecimientos de antigüedades; y 751 fueron cedidos en préstamo por el coleccionista Luis N. Larco (ejemplares de cerámica, madera, hueso, concha, laganaria, oro, plata y cobre de la costa norte del país).

El 14 de noviembre de 1905 se celebró el contrato oficial con el profesor Friedrich Max Uhle para normar sus servicios profesionales en la formación de la sección arqueológica del Museo de Historia Nacional, a partir del 1 de enero siguiente. Las tareas impuestas al estudioso sajón eran bastante amplias y estrictas, según resulta de los términos de dicho contrato:

- 1º El profesor Uhle formará una colección de objetos arqueológicos, haciendo con tal fin las exploraciones necesarias en el país y el estudio de sus monumentos, templos y fortalezas antiguas, huacas y, en general, de todos los objetos que tengan valor arqueológico.
- 2º El mencionado profesor remitirá al Museo los objetos arqueológicos que consiga en sus exploraciones, y fotografías y planos de sus monumentos, templos, fortalezas, huacas y demás objetos que por su naturaleza no pueden ser transportados.
- 3º El señor Uhle formará el catálogo de la Sección Arqueológica, suministrando en él los datos necesarios.

- 4° Después de cada exploración, el señor Uhle presentará una memoria descriptiva sobre el resultado de sus trabajos y las observaciones que haya hecho.
- 5° El señor Uhle, además, redactará e insertará en la revista del Instituto Histórico, al terminar cada año, un trabajo de carácter científico respecto a sus investigaciones arqueológicas (Tello y Mejía Xesspe 1967: 61).

Además, el funcionario contratado estaba obligado a dictar conferencias sobre etnografía y arqueología peruanas en el local del Museo, “tratando de que revistan un carácter objetivo, en cuanto sea posible”. En remuneración de todos esos servicios, Uhle percibía la suma de 500 soles mensuales, con una bonificación especial de 5 soles al día durante los trabajos de exploración, para cubrir sus gastos de alimentación y alojamiento. La duración del referido contrato era de tres años, con la posibilidad de renovarlo por común acuerdo de las partes; en caso de renovación Uhle tendría derecho a una licencia de seis meses, con goce de haber y pasajes de primera clase (para él y su señora) con destino a Hamburgo.²

De hecho, no obstante que la terminología original mencionaba sólo la Sección Arqueológica, nuestro personaje vino a asumir la plena dirección del Museo de Historia Nacional. Esto se pone en evidencia al contemplar el presupuesto ordinario para el funcionamiento de la entidad, que fue aprobado por ley del 8 de octubre de 1907. Queda estipulado aquí que el director general del establecimiento percibía un salario de 500 soles al mes, mientras que los conservadores a cargo de las dos secciones mencionadas — de Arqueología y Tribus salvajes y de la Colonia y la República — recibían sólo 90 soles al mes (Tello y Mejía Xesspe 1967: 74-75). Bien se comprende entonces la ojeriza que inflamó el ánimo de José Augusto de Izcue al verse relegado a esa posición y remuneración secundarias, por lo cual sería el primero en levantar intrigas y calumnias contra Uhle. Izcue era un político civilista, estudioso del período de la Independencia y frecuente colaborador en periódicos, que llegó a ocupar el cargo de director general de Instrucción.

En la segunda mitad de 1906, el director del Museo inició sus labores científicas en el laboratorio, clasificando por temas y estilos las colecciones de variada procedencia, inventariando objeto por objeto en el libro de registro general, numerando cada pieza con etiquetas pequeñas y diagnosticando la pertenencia

² En realidad, Uhle asumió sus funciones en el Museo de Historia Nacional con mucho entusiasmo y pensando que ésta sería una posición que ocuparía por largos años, o quizá hasta el fin de su vida. Así se desprende de una carta que escribió a la señora Phoebe A. Hearst desde Lima, el 21 de diciembre de 1905, celebrando la resignación de su compromiso con la Universidad de California: “I thank you with all my heart for this solution of my difficult position between a contract of not much hope for the future [...] and an invitation for an ideal position, which will give me work, prestige, and a settled home perhaps for all my coming years” (Rowe 1954: 114).

cultural de los especímenes, de acuerdo con los datos de su hallazgo. Esta labor le permitió corroborar la afirmación transmitida por el cronista Fernando de Montesinos, en los Anales del Perú (principios del siglo XVII), sobre que hubo una o más civilizaciones desarrolladas en épocas anteriores al Incanato. Ocupado en ello, el maestro alemán trabajaba afanosa y calladamente, pese a que la envidia y la indisposición de personas deseosas de alcanzar su sitial las empujaban a mancillar su imagen a través de calumnias y pasquines. Lo cierto es que se vio “envuelto en una atmósfera de oprobio y mezquindad, a tal extremo que le obligaron a salir del país” (cf. Linares Málaga 1964: 30).

En el libro de registro general del Museo, que han consultado provechosamente Tello y Mejía Xesspe (1967: 78), se puede apreciar el flujo de objetos que ingresaron por compras, donaciones y excavaciones a la Sección Arqueológica durante el período bajo observación. Fueron en total 8.682 especímenes, cuyas cifras desagregadas conforman el cuadro n° 1.

Cuadro 1: Ingreso de piezas arqueológicas al Museo

| | Compras | Donaciones | Excavaciones | Total |
|-------|------------------|------------------|------------------|-------------------|
| 1905 | 306 | 994 | - | 1.300 |
| 1906 | 61 | 329 | 1.276 | 1.666 |
| 1907 | 330 | 18 | 1.288 | 1.636 |
| 1908 | 211 | 12 | 2.482 | 2.705 |
| 1909 | 452 | - | 375 | 827 |
| 1910 | - | - | - | - |
| 1911 | 548 | - | - | 548 |
| Total | 1.908 (22,0%) | 1.353 (15,6%) | 5.421 (62,4%) | 8.682 (100,0%) |

Como puede notarse, si bien la mayor parte de las piezas (el 62,4 por ciento) ingresaron por trabajos de exploración y excavación, éstos se llevaron a cabo sólo durante los años 1906 a 1909. Posteriormente decayó el apoyo económico del Estado, y el profesor Uhle debió concentrarse más bien en rencillas personales, en cuestiones administrativas y en la defensa de los bienes arqueológicos. Uno de los logros más importantes de su gestión directoral, por cierto, fue la promulgación del decreto supremo n° 2612, del 19 de agosto de 1911, que en salvaguarda del patrimonio cultural de la República alteró las normas hasta entonces vigentes sobre extracción y estudio de las antigüedades peruanas. “Todos los objetos que se encuentren pertenecen al Estado, quien — decíase — puede conceder los duplicados a los que soliciten la licencia, siempre que se trate de corporaciones

científicas de carácter oficial; de los objetos únicos los solicitantes sólo pueden tomar fotografías” (Tello y Mejía Xesspe 1967: 76).

Las intrigas ramplonas y los recortes presupuestarios forzaron el abandono por Uhle del cargo de director del Museo de Historia Nacional. En los últimos meses de su labor se dedicó a concluir el inventario general de las colecciones adquiridas.³ Un total de 8.682 especímenes de las culturas precolombinas — ya hemos visto el detalle — fueron entregados el 29 de diciembre de 1911 a los miembros de una comisión especial (Carlos Wiese, Francisco Brenner y César E. Patrón) nombrada para recibir bajo inventario las existencias del Museo. Los buenos propósitos del arqueólogo sajón vinieron a disiparse lentamente, por desgracia, hasta dejar trunca la organización técnica y administrativa de dicho establecimiento.

Inicialmente existió el propósito de contratar en Europa los servicios de un especialista para que asumiera, como sucesor de Uhle, la dirección del Museo de Historia Nacional (con una remuneración similar de 500 soles al mes). Pero al fin se impuso la influencia de los conservadores miembros del Instituto Histórico del Perú — bajo cuya dependencia se encontraba el Museo — para hacer que uno de ellos tomara las riendas de este organismo. Así fue que una resolución suprema del 2 de marzo de 1912 nombró para el cargo a don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, miembro correspondiente de la Real Academia Española, erudito articulista, escritor e investigador de todas las épocas de la historia patria (Tello y Mejía Xesspe 1967: 80).

El nuevo director dejó minuciosa constancia del estado en que recibía el local y las colecciones, particularmente aquellas de la sección de Arqueología y Tribus salvajes. En el acta correspondiente manifestaba que el Museo carecía de los servicios indispensables de agua, luz y teléfono, así como de un taller para los trabajos de limpieza, catalogación y restauración de los objetos antiguos, por lo cual denunciaba que era “imposible reanudar los trabajos de la dirección del Museo sin emprender una labor completa de ordenación ...” (Gutiérrez de Quintanilla 1921, I: 6).

En un extenso memorándum del 20 de mayo de 1912, remitido al director general de Instrucción, Gutiérrez de Quintanilla señalaba los cambios que había dispuesto en las salas de exhibición del Museo luego de asumir la responsabilidad directiva. Colocando a la vista del público la totalidad de las momias recogidas en la provincia de Acarí, decía, procuraba evitar la rapiña a que estaban aquéllas expuestas en los depósitos. Habilitó una sala adicional para instalar tres grandes estantes con cerca de 600 cráneos y un retablo — provisionalmente formado con

³ Entre los objetos arqueológicos más notables que se compraron en ese tiempo figura la colección de doña Zoila Aurora Cáceres, hija del mariscal Andrés Avelino Cáceres, que reunía 535 especímenes de cerámica, piedra, metales, etc. (Tello y Mejía Xesspe 1967: 78).

barriles y cajones vacíos — en que se exhibieran momias y gran cantidad de “paquetes de telas” (¿fardos funerarios?), que estaban también en los depósitos. “Lo mismo que las momias de Acarí, todo este material exhala hedor que causa malestar y requiere aireación continua, que la invasión de lechuzas y murciélagos hace imposible de noche ...” (Gutiérrez de Quintanilla 1921, I: 14). Además, denunciaba la falta de numerosos ejemplares en las colecciones de libros y revistas del Museo, que estaban alojadas en la sala de la Dirección.

Con todo ello, por cierto, quedaba en tela de juicio la probidad y eficiencia del profesor Uhle. ¿Pero no sería ésta otra maniobra más de los “historiadores” peruanos, que buscaban el desprestigio del sabio alemán, pionero de las excavaciones arqueológicas sistemáticas en el país? ¿Sería realmente cierta la imagen desoladora de un Museo de Historia Nacional en donde no había catálogo de las piezas, ni reglamento de servicio, ni ventilación, ni seguridad, ni limpieza?

Para el sostenimiento ordinario del Museo se expidió en octubre de 1907 la ley n° 547 — ya aludida —, que ordenaba reservar todos los años en el Presupuesto General de la República una partida de 20.460 soles con el mencionado fin. Dentro de este monto, los rubros más elevados eran los siguientes: 6.000 soles para remuneración del director del Museo; 5.000 soles para incremento de la Sección Arqueológica (comprendiendo adquisiciones y excavaciones); 1.500 soles para incremento de la Sección Colonial y Republicana; 1.200 soles para dos vigilantes de los fondos precolombinos; 1.200 soles para conservación del local; y otros 1.200 soles para gastos extraordinarios. Tenemos noticia general, en fin, de los dineros que se asignaron a la institución durante el sexenio en que estuvo a cargo del profesor Uhle, tal como está anotado en el cuadro n° 2 (con datos tomados de Gutiérrez de Quintanilla 1921, I: 33-35).

Cuadro 2: Sumas invertidas en las labores del Museo

| | | |
|-------|----------------|----------|
| 1906 | S/. 48.815,00 | (30,2%) |
| 1907 | S/. 30.000,00 | (18,6%) |
| 1908 | S/. 21.200,00 | (13,1%) |
| 1909 | S/. 20.460,00 | (12,7%) |
| 1910 | S/. 20.460,00 | (12,7%) |
| 1911 | S/. 20.460,00 | (12,7%) |
| Total | S/. 161.395,00 | (100,0%) |

3. Uhle en el marco de la historiografía peruana

En la concepción de Max Uhle, la arqueología era una de las varias ciencias que integraban la globalizante “historia cultural”, junto con la antropología, la

etnografía, la lingüística y otras disciplinas afines. Durante su estadía en el Perú, nuestro personaje no dudó en poner estas ideas y sus virtualidades académicas al servicio del Estado que lo acogía, en un momento en que la historiografía peruana despegaba sobre nuevas bases científicas e institucionales. Nutrido por la rica tradición germánica de la *Kulturgeschichte*, Uhle insistió una y otra vez en la necesidad de conjugar el aporte de esas varias perspectivas para lograr un conocimiento pleno de las sociedades fundacionales de la cultura andina.

El concepto alemán de “historia cultural” surgió originalmente en el siglo XVIII para representar la contraposición a la historia política (o de los actos de Estado), y se convirtió luego en una denominación general para el estudio de la vida espiritual y socio-económica de los pueblos, incluyendo particularmente sus formas de pensar, usos, costumbres, religión, arte y tecnología. A partir de las contribuciones de Voltaire y Adelung, en la época de la Ilustración, la historia de la cultura pasó por un continuo desarrollo y expansión dentro del continente europeo; la vertiente romántica alemana vió en la *Kulturgeschichte* sobre todo la expresión de la creatividad inconsciente y del “espíritu popular”. Más tarde Jakob Burckhardt, el catedrático de historia de la Universidad de Basilea y autor del clásico *Die Kultur der Renaissance in Italien* (1860), sentó el curso definitivo de esta manera de investigación e interpretación del pasado: en su entendimiento, la gestación de las formas estatales comprendía también los aspectos más íntimos del desarrollo de la familia. De ahí en adelante, ningún investigador del pasado — historiador, prehistoriador o arqueólogo — podría realizar obra digna de atención ignorando los aportes de la antropología, la etnografía, la sociología, la lingüística y la psicología, todas ciencias originadas durante el siglo XIX (cf. Chartier 1988).

Las decisivas contribuciones de Uhle fueron oportunamente reconocidas en el medio académico peruano: el 5 de noviembre de 1903 fue nombrado miembro correspondiente de la Sociedad Geográfica de Lima, y el 29 de julio de 1906 — en la brillante ceremonia de inauguración del Museo de Historia Nacional — fue admitido como numerario en el Instituto Histórico del Perú, pasando a ocupar la plaza que había dejado vacante el académico fundador Teodorico Olaechea. Tras abandonar el país, en 1912, se le otorgó en el Instituto la categoría de miembro corresponsal (cf. Hampe Martínez 1983-84: 301).⁴

En su discurso de incorporación de 1906, Max Uhle formuló claramente un panorama de los períodos culturales que antecedieron al Imperio de los Incas. Exponía en consecuencia una serie de ideas rotundas: los quechuas del Cuzco no fueron el único “pueblo civilizado” del antiguo Perú, pues su cultura tuvo muchos

⁴ En el prestigioso órgano de esa corporación, la *Revista Histórica*, están publicados sus trabajos “Los *kjöckenmöddings* del Perú” (I, 1906, p. 5-23); “Las llamitas de piedra del Cuzco” (I, 1906, p. 388-392); “La estólicia en el Perú” (II, 1907, p. 118-128); “La *masca paicha* del inca” (II, 1907, p. 227-232); “La esfera de influencias del país de los incas” (IV, 1909, p. 5-40); y “Los aborígenes de Arica” (VI, 1918, p. 5-26).

precedentes y se desarrolló a partir de éstos. Los distintos pueblos que habitaron remotamente el país tuvieron ciertas épocas de unión — horizontes panandinos —, entre las cuales destaca la oleada de civilización homogénea “cuyos monumentos más hermosos encontramos en Tiahuanaco, en las cercanías del lago Titicaca, y cuyos efectos se extendían hacia el norte hasta el Ecuador” (Uhle 1906: 411). De aquí proviene el concepto de esfera de influencias que el autor aplicará, en un ensayo posterior, a toda la superficie que gozó de adelantos culturales semejantes en los Andes precolombinos.

En el mismo discurso de incorporación, Uhle ofrecía una lista de tareas pendientes en el estudio del pasado nacional. Comenzaba por la necesidad de recoger las observaciones etnográficas del folclor y los usos y costumbres de las sociedades andinas contemporáneas. Como en pocas partes del mundo, decía, la investigación histórica puede enriquecerse en el Perú con el estudio de la organización social, los idiomas, las técnicas, los ritos y la música de nuestra tierra, ya que existe una evidente continuidad a través de los siglos. Más aún, exclamaba: “¡Ojalá fuese posible salvar algo de la perfección técnica y de la paciente diligencia de los antiguos peruanos para el desarrollo industrial moderno!” (Uhle 1906: 413).

Ahora bien, ¿qué opinión guardaba la crítica especializada hacia las interpretaciones del arqueólogo sajón? Entre lo positivo, citaremos la *laudatio* o mensaje de recibimiento de Uhle en el Instituto Histórico del Perú (1906), que correspondió al médico y lingüista Pablo Patrón. De manera encomiástica, éste situaba a nuestro personaje en el último eslabón de una larga cadena de viajeros científicos, iniciada en los albores del siglo XIX, pero remarcaba que ninguno de ellos había contribuido tanto como Uhle al progreso de la arqueología peruana. Sea por la rapidez de sus travesías o por haber dedicado su atención a diversos ramos de la ciencia, los viajeros anteriores se habían limitado a descripciones breves y superficiales de los restos de civilizaciones vetustas; en cambio Uhle, afirmaba, “ha llegado a constituir definitivamente en una verdadera ciencia la arqueología peruana” (cf. Uhle 1906: 416).

El propio Patrón señalaba que nadie estaba mejor preparado que el sabio alemán para desarrollar con proficuos resultados la exploración arqueológica del territorio nacional. Al poner en evidencia la antigüedad de las ruinas de Tiahuanaco, Uhle daba confirmación a las proposiciones de Montesinos, quien como “el único de los historiadores y cronistas antiguos muy conocidos” había dado cuenta de una civilización anterior a los incas, extendida en todo el Perú. Además, Pablo Patrón coincidía con nuestro autor en pensar que la primitiva cultura de los habitantes andinos había venido ya formada desde afuera — y basándose en rasgos similares a nivel de la lengua, la religión y la arquitectura, postulaba el origen caldeo-asirio de la civilización peruana (Uhle 1906: 418-421).

Pero no todo eran alabanzas y felices coincidencias. En una obra de tono irónico y lucida prosa, titulada *Memoria del Director del Museo de Historia*

Nacional, Emilio Gutiérrez de Quintanilla (1921) se aplicó a lanzar severas críticas hacia la gestión realizada por su antecesor en el puesto. Reconocía por ejemplo que Uhle inventarió las colecciones formadas en la época fundacional del Museo, aunque “reservando en su mente, y llevándose después a otras tierras, muchas de las noticias características de cada hallazgo sepulcral”. Notorio era, por otra parte, que al dejar aquél las funciones de director, “la humedad atmosférica y la exudación producida en la cerámica no esterilizada habían desprendido buen golpe de membretes o numeritos de papel, impremeditadamente pegados con goma arábica corriente, en casi todos los cacharros [sic] y en no pocas telas”. De todas formas, era evidente que el inventario dejado por Uhle sirvió como punto de partida para la realización del catálogo de los fondos arqueológicos por parte de Gutiérrez de Quintanilla (1921, I: v).

Sin desafilar la puntería, el mismo autor denunciaba la desproporcionada representación geográfica de los objetos reunidos por el primer director. En el Museo se encontraban apenas testimonios precolombinos de los departamentos de Lima, La Libertad e Ica, con lo cual permanecía sin cubrir la mayor parte del territorio peruano, incluyendo vestigios monumentales tan importantes como los del Cuzco, Puno, Huánuco, Cajamarca o Chavín (Gutiérrez de Quintanilla 1921, I: vii). Además, Gutiérrez de Quintanilla no reparaba en señalar la falta de 100 varas de terciopelo color granate, que había sido compradas para el Museo de Historia en agosto de 1906, y por cuya irresponsable “pérdida” demandaba un esclarecimiento. Otro blanco notorio de sus ataques fue el portero José Manuel Carlín, de quien decía que gozó la confianza y predilección de Uhle hasta el punto de “ser escogido por éste para cumplir el escabroso encargo de presentar al Museo como obsequio del señor Uhle libros, folletos, documentos y papeles timbrados propios del Museo, y cuya existencia fuera de este establecimiento es inexplicable e inconcebible” (Gutiérrez de Quintanilla 1921, I: 39).

Reconociendo la injusticia de las críticas que se levantaron contra el arqueólogo sajón durante su gestión burocrática en Lima, el profesor Luis E. Valcárcel declararí­a años más tarde en un acto en su honor: “Este homenaje significa también que la conciencia del Perú nuevo no olvida, ni podrá olvidar jamás, a cuantos abrazan la ingrata tarea del investigador incomprendido y de continuo calumniado, y sabe recomendar el mérito por encima de todo” (cit. en Linares Málaga 1964: 34-35).⁵ Con motivo de su venida a Lima para el XXVII Congreso Internacional de Americanistas, en 1939, Max Uhle fue condecorado con la Orden

⁵ Respondiendo desde Alemania a la propuesta de Valcárcel para organizar un jubileo en su honor, Uhle (1935: ii) señaló con afecto: “... esta alta distinción contribuirá a vincularme aun más estrechamente con los hermosos estudios de arqueología peruana, los cuales formarán quizá en la historia del continente el verdadero punto de salida para una prehistoria general, que esperamos del futuro”.

del Sol y aclamado unánimemente por la intelectualidad peruana. Sin embargo, debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial, tuvo la mala suerte de quedar confinado por cerca de tres años en un albergue de Chosica y luego en una casa de Bellavista, como presunto enemigo de la misma nación a la que había entregado tantos desvelos a lo largo de su vida (Rowe 1954: 18-19).

4. Trabajos de campo y ensayos de interpretación

Con el advenimiento del siglo XX se iniciaron en el Perú las exploraciones arqueológicas ordenadas, vale decir, sujetas al control y autorización expresa del Gobierno. Basándose en los registros correspondientes, Rogger Ravines (1989: 20 ss.) ha ofrecido una guía panorámica de las investigaciones llevadas a cabo en sitios precolombinos de diferentes partes de la República, incluyendo por cierto los trabajos pioneros de Max Uhle. Así venimos a saber que en 1904 nuestro personaje — vigente todavía su contrato de investigación con la Universidad de California — excavó en los conchales de Ancón (enero-mayo); en cerro Trinidad, Huaral Viejo y diversos lugares del valle de Chancay (mayo-setiembre); y en la fortaleza de Chimo-Cápac, puerto de Supe y San Nicolás, en el valle de Supe (setiembre-diciembre).

En 1905, inducido por razones climáticas, Uhle salió a explorar intensamente la sierra sur. En la ciudad del Cuzco estudió el templo del Sol (Coricancha) y los ayllus del barrio de San Sebastián; realizó leves sondeos en Sacsayhuaman y excavó algunos entierros en la carretera a Písac (entre Cochahuasi y Huancalli), en la cueva de Colmay y cerca a La Recoleta. Además, hizo una pequeña recolección de cerámica de la zona. En el camino de regreso a la costa inspeccionó el templo de Viracocha, en Cacha, colectó hierbas medicinales en Sicuani, y visitó Hatuncolla y Sillustani. Entre setiembre y noviembre exploró el valle de Nasca, donde reunió un importante lote de ceramios, hoy preservados en el museo de antropología de Berkeley, como testimonio de la última campaña que Uhle desarrolló por esos años con el apoyo de fondos norteamericanos (cf. Rowe 1954: 111-113).

A comienzos de diciembre de 1905, poco antes de asumir funciones en el Museo de Historia Nacional, inició un programa de excavaciones en Cajamarquilla o Nievería, ciudadela del valle del Rímac, no muy lejos de la capital. Hasta el mes de abril de 1906 trabajó con restos cerámicos y arquitectónicos de la llamada cultura Nievería, y luego pasó a investigar en la Rinconada de Ate, en Copacabana (valle del Chillón) y en la isla de San Lorenzo, contando con el auxilio del huaquero Inocencio Cabrera. Juntos lograron acopiar 1.276 objetos para el nuevo Museo, entre tejidos y piezas de madera, cerámica y lageneria (cf. Tello y Mejía Xesspe 1967: 73-74).

En 1907, entre los meses de enero y abril, Uhle visitó por segunda vez Arequipa, Puno y el Cuzco. Durante el viaje hizo algunas colecciones arqueológicas y etnográficas, que pasaron a integrar los fondos del Museo. Excavó además en diversos asentamientos humanos, como Tahuaicani, Pachacuti, Sabandía, Quillacoma y Los Tablones, en Arequipa; una tumba en Yucay, a orillas del Vilcanota; el sitio de Qatan, en el valle del Urubamba; Nicasio y Ujini, en Puno. Al año siguiente, 1908, comandó excavaciones en Nievería, Armatambo (Chorrillos), la huaca Pan de Azúcar (San Isidro) y los conchales de Ancón. En la época de invierno, durante una breve visita al norte del Perú, extrajo del sitio El Tayo — en la margen izquierda del Aguarico — cerámica prehispánica de filiación amazónica.

Por el mismo tiempo el conocido huaquero Felipe Morales (alias “El condenado”), trabajando bajo los auspicios del Museo de Historia Nacional, realizó excavaciones en diferentes cementerios y yacimientos arqueológicos de Palpa, Nasca y Acarí. Hurgó particularmente los sitios de Cacatilla, La Mancha, Chaviña, Poroma, Las Trancas, Tunga, Usaca, Las Cañas, Cañada, Estaquería, Cahuachi, Soisongo, Ocongalla, Majoro, Huairona, Pangaravi y Paredones. Sus colecciones de objetos de alfarería y textilería, que sumaban cerca de ochocientos, se llevaron a los depósitos del Palacio de la Exposición de Lima y hoy se encuentran en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología (cf. Ravines 1989: 22).

El punto culminante de las ideas desarrolladas por Uhle en el período de su gestión directoral en Lima se encuentra, a nuestro parecer, en su ensayo sobre “La esfera de influencias del país de los incas”, publicado en 1909 en la *Revista Histórica* (órgano del Instituto Histórico del Perú). Al empezar su disertación, el autor dejaba sentado que su visión histórica no se limitaba a los confines actuales de la República del Perú, sino comprendía también el Ecuador, la antigua Bolivia — antes de su cercenamiento por la guerra del Pacífico — y todas las áreas vecinas donde se había sentido antiguamente la influencia cultural de los Andes centrales. Uhle tenía para entonces muy clara la imagen de cuatro “horizontes” o estadios generales en la evolución cultural de estos territorios:

- 1) El período fundacional, “no civilizado”, de los pescadores primitivos de la costa central, cuyos restos se ubicaban en Ancón y Supe; carecían estos pobladores de agricultura desarrollada, de alfarería pintada y de industria textil.
- 2) El período de la civilización de Ica y Nasca, cuya dimensión geográfica se extendió desde el valle de Acarí hasta el de Pacasmayo; incluía en esta época los restos líticos de Chavín de Huantar, así como ceramios, pinturas y dibujos de colores.
- 3) El período de la civilización de Tiahuanaco y derivados, que abarcó tanto la sierra como la costa desde Moquegua hasta Cuenca (hoy Ecuador), con evidencias de intercambios comerciales a larga distancia por el mar; fueron los aimaras quienes sostuvieron la civilización tiahuanacuense y difundieron sus rasgos

de lengua, artesanía y otras técnicas inclusive hasta la cuenca amazónica, el norte de Argentina y parte de Chile.

- 4) El período de los incas, en que se alcanzó la máxima extensión territorial, aunque fue bruscamente interrumpido por la conquista de los españoles hacia 1530 (cf. Uhle 1969: 126 ss.).

Uhle sostenía con acierto que la gran expansión del Tahuantinsuyu había sido obra de poco tiempo, a lo sumo de cinco o seis generaciones (¿120 a 150 años?), y que en las tierras altoperuanas habían regido los incas por unas cinco generaciones, mientras que en la zona del Ecuador habían dominado solamente por un par. En virtud de los avances logrados durante el período tiahuanacuense, los quechuas del Cuzco encontraron escollos mucho menos arduos para su misión conquistadora. En este sentido, “su civilización era sólo el producto de las civilizaciones que la precedieron, como la de los romanos la consecuencia de las que la precedieron en el Mediterráneo” (Uhle 1969: 141). La comparación del Estado incaico con la Roma imperial es por demás interesante, pues halla su correlato en una serie de narraciones e imágenes de los cronistas de los siglos XVI-XVII, empeñados en mostrar la similitud en grandeza de una y otra civilización (véase al respecto González Rodríguez 1981 y Pailler 1993).

Desde el punto de vista territorial, entonces, la “esfera de influencias” del Tahuantinsuyu implicaría las huellas de civilización andina en la cuenca del río Amazonas, en la región del Tucumán, en el valle del Maule (o más al sur), en las llanuras del Paraguay y hasta en el Matto Grosso. Uhle (1969: 159-161) reconoce, por cierto, que a veces esta prolongación civilizadora se efectuó por medio de estaciones “satélite”, independientes de los quechuas del Cuzco.

En ese mismo sentido, una comunicación reciente de Rodolfo Cerrón Palomino ha examinado la tesis del panaimarismo que Uhle defendía para los Andes en la época preincaica, y cuyo mejor planteamiento se encuentra en una de las ponencias — “Los orígenes de los incas” — que sustentó ante el XVII Congreso Internacional de Americanistas en Buenos Aires (1910). Siguiendo la llamada “escuela de Middendorf”, el arqueólogo sajón postulaba que el aimara se había difundido originalmente por la costa y la sierra centropereñas, tal como se desprendía de evidencias de tipo onomástico, etnohistórico y dialectal. También atribuyó los impresionantes monumentos de Tiahuanaco a un pueblo de raza y lengua aimaras, que se habría instalado en la meseta del Collao al cabo de una migración de curso sudoriental. En abierta contradicción con los quechuistas y defensores de la primacía incaica, Uhle sostuvo que aquella lengua era mucho más antigua y mejor desarrollada que el quechua (véase el artículo de Cerrón Palomino en el presente volumen).

Por el contrario, la tesis de la preponderancia del quechua sobre el aimara — con sus evidentes concomitancias histórico-culturales — fue defendida ardorosa-

mente por el historiador limeño José de la Riva Agüero y Osma. Desde su tesis doctoral de 1910, *La historia en el Perú*, éste combatió incansablemente las ideas de Uhle, las cuales denostaba como emanadas de la “escuela de Middendorf” y, por lo tanto, de origen extranjerizante. La diferencia de opiniones entre ambos generó una polémica abierta sólo a raíz de los primeros escritos del sabio alemán, aunque Riva Agüero insistió luego al respecto, señalando sin ambages que admiraba más al Uhle arqueólogo que al filólogo “improvisado” (véase Cerrón Palomino en el presente volumen).

Entretanto, el apoyo económico del Gobierno para las investigaciones arqueológicas del Museo de Historia Nacional había caído desde 1909 en sensible disminución, motivo por el cual las expediciones de campo del propio Uhle tendieron a limitarse. Ese mismo año, sin embargo, trabajó en el distrito de Bellavista (Callao) y en el sitio de Copacabana, valle del Chillón. Y en marzo de 1911 consiguió autorización y fondos especiales para realizar excavaciones durante tres meses en las ruinas incaicas de Choquequirao, en el valle del Apurímac, así como en la ciudad del Cuzco (Tello y Mejía Xesspe 1967: 75-76).

Acerca del trasfondo de sus exploraciones e interpretaciones diremos, a manera de síntesis, que el “padre” de la arqueología andina advirtió las engañosas inferencias que pueden ligarse a la descripción y examen superficial de las obras arquitectónicas, en tanto que los estilos y las técnicas de construcción no bastan para explicar en su integridad las formas de vida de un pueblo. Según Alberto Tauro, renovó además los métodos de investigación, centrando su interés en las excavaciones destinadas a identificar la naturaleza de los estratos en los cuales se hallan artefactos de viejas épocas. Y superó la ligereza conceptual que hasta finales del siglo XIX se aplicaba a las antigüedades descubiertas en el Perú, que indistintamente eran calificadas como “incaicas” (cf. Uhle 1969: 8).

5. Algunos datos personales en las libretas de Uhle

El Instituto Ibero-Americano de Berlín fue creado en 1930 por el Gobierno prusiano como un centro de información y estudios sobre el mundo de habla lusitana y española, en el marco de la promoción de estudios regionales de orientación práctica, y tuvo como sede primigenia el Marstall (o caballerizas) del antiguo Palacio Real berlinés. Fue esta naciente institución la que acogió como colaborador a Max Uhle en setiembre de 1933, luego de la toma del poder por Hitler, cuando el viejo arqueólogo regresaba a su patria cargado de achaques y de reconocimientos por sus señeras investigaciones americanistas. El legado de fotografías, libretas, planos y manuscritos de Uhle, que hoy está disponible en Berlín, se integra a las valiosas donaciones brindadas al Instituto Ibero-Americano por otros eruditos alemanes de principios de siglo, como Teobert Maler, Eduard Seler,

Robert Lehmann-Nitsche y Walter Lehmann, algunos de los cuales fueron amigos cercanos de nuestro personaje (cf. Briesemeister 1994: 34).

La amplitud de conocimientos de Max Uhle, su infatigable curiosidad, su austeridad en los gastos, e inclusive su empecinamiento de viejo sajón, son caracteres que reflejan los numerosos documentos de su legado personal, conservado desde su muerte (1944) en el referido centro de estudios berlinés. Aquí están sus libros y todos sus demás objetos de trabajo científico, como borradores y copias de cartas escritas por Uhle, originales de la correspondencia enviada a él por otros investigadores, planos grandes y pequeños de ciudades precolombinas, dibujos de cerámios y edificios antiguos, manuscritos y copias mecanográficas de conferencias y ensayos (tanto publicados como inéditos), separatas de artículos y folletería diversa. También hay una colección de aproximadamente dos mil fotografías, con imágenes de fiestas populares, procesiones y actividades de la vida cotidiana y vistas de campos, montañas, ciudades, puertos, iglesias, ruinas, huacos, momias.

De todas formas, considero particularmente que la parte más valiosa de dicho legado está formada por un conjunto de 170 libretas de apuntes personales. Se trata de pequeños cuadernos con las más variadas anotaciones de puño y letra de Uhle — impresiones de trabajos de campo, esquemas de dibujos, extractos de lecturas o resúmenes de cuentas —, que abarcan desde sus años de estudiante universitario en Leipzig hasta el final de su estadía en el Ecuador (Krause 1994). Este mismo parecer es compartido por los responsables del Instituto Ibero-Americano, quienes en los últimos ocho o diez años han organizado la tarea de descripción sistemática de los cuadernos de apuntes de Uhle, con el doble propósito de diseñar exactamente sus rutas de investigación por América del Sur y valorar mejor aquella parte de su producción que aún permanece inédita.⁶

En Berlín — en dos sucesivas campañas de estudio realizadas en junio de 1990 y diciembre de 1994 — he podido revisar con detenimiento los cuadernos personales de Max Uhle que atañen a su estadía en el Perú, de 1896 a 1911 (con algunos intervalos entremedias). Tales libretas dan cuenta de sus trabajos arqueológicos en la costa central, en la sierra sur y en la meseta del Collao. Asimismo, refieren de sus problemas administrativos en la dirección del Museo de Historia Nacional, de sus gastos y ocupaciones privadas y de sus viajes al extranjero; por ejemplo, los que efectuó a Italia y Europa central (en goce de licencia contractual, 1908 - 1909)

⁶ Ultimamente se ha terminado de clasificar gran parte de esas libretas de apuntes según lugares de interés arqueológico, geográfico o etnológico, según aspectos temáticos y según personas mencionadas; trabajo en el cual se han ocupado los investigadores Gernot Krause y Verena Liebscher. Sin embargo, es posible que los cuadernos referentes a la estadía peruana de Uhle no se encuentren completos, pues alguno de ellos pudo haberse extraviado durante los años que el sabio pasó más tarde en Chile y el Ecuador (comunicación personal del Dr. Peter Masson).

y a Buenos Aires y La Paz (con motivo del Congreso Internacional de Americanistas, 1910).⁷

Las libretas que atañen especialmente a la presente investigación son las que llevan los números 76 a 93 y cubren el período de principios de 1906 a mediados de 1912. Desde marzo de 1906 se encuentran en los cuadernos de Uhle indicaciones referentes al Museo de Historia, como defectos en el local asignado, propuestas para la colocación de los objetos arqueológicos y arreglos en el laboratorio, vestíbulo y oficina de la Dirección. También por entonces empiezan las referencias a su colega José Augusto de Izcue y las críticas hacia las personas que se ocupaban en “menesteres superfluos”.⁸ A finales de dicho año, Uhle esboza un programa de tareas y funciones relativas al Museo.

Dentro de aquel conjunto, revisten peculiar interés las anotaciones estrictamente domésticas o personales, que permiten reconstruir la vida hogareña del sabio alemán durante la etapa en que residió en Lima, al lado de su esposa Lotti. El minucioso cuidado con que llevaba su presupuesto nos deja conocer sus gastos corrientes en alimentación, en correo, en transporte, en propinas y limosnas, y hasta en ropa interior ... Sabemos así que cada dos o tres días compraba una botella de vino (40 centavos de sol), cada cinco o seis semanas visitaba al barbero para un corte de pelo (80 centavos), pagaba 1 sol al mes por la utilización de una casilla postal, y era asiduo lector del diario limeño *El Comercio*: cotidianamente adquiría tanto la edición matutina (5 centavos) como la vespertina (2 centavos).

El investigador no ocultó su enojo cuando en 1907 se enteró, hallándose ausente de la capital, que un personaje al que consideraba inepto, deshonesto y falto de conocimientos museológicos — nuestro ya conocido Izcue — había sido nombrado en su reemplazo como director del Museo de Historia Nacional. En uno de los cuadernos manuscritos, la libreta n° 78, se conserva el borrador de la carta que Uhle redactó (en su lengua materna alemana) para el ministro de Justicia, Culto e Instrucción, expresando su furiosa protesta contra ese hecho. Aquí se halla, sin duda, uno de los factores negativos que alimentaron su repulsa hacia las autoridades del Perú y que lo llevaron a abandonar el país tras el vencimiento de su contrato oficial.

Al alistar su partida de la ciudad de Lima, en diciembre de 1911, Uhle preparó una lista de las personas relacionadas con él a las cuales debería enviar notas de despedida. Encontramos en esta relación desde luego a notables exponentes del ambiente intelectual de entonces, como Javier Prado, Carlos Wiesse, José de la

⁷ Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlín [en adelante IAI/PK], Libretas de apuntes de Uhle n° 85 y n° 88, respectivamente.

⁸ IAI/PK, Libreta de apuntes de Uhle n° 76 (1906), p. 94. En la versión original leemos: “Wie ist es möglich, dass immer unten Leute übrig sind, die Überflüssiges tun, durch die Fenster steigen, etc.?”

Riva Agüero, Carlos A. Romero, Luis Varela y Orbegoso, Víctor Andrés Belaunde, Eugenio Larrabure y Unanue, el general Juan Norberto Eléspuru, Ricardo García Rossell, Carlos I. Lissón, Scipión Llona, Ricardo Tizón y Bueno (la mayoría de los cuales habían sido sus compañeros de labores en el Instituto Histórico del Perú). La lista incluía asimismo a inmigrantes de origen europeo, algunos con destacada figuración en el mundo empresarial, como Oechsle, Schroeder, Gaffron, Risso, Aitken, Brenner, Wagner, Washburn, Enrique Swayne, y junto con ellos el botánico Augusto Weberbauer.⁹

En su última etapa como director del Museo de Historia, nuestro protagonista y su esposa vivían en una casa aldeaña a la avenida de la Magdalena (hoy avenida Brasil), en uno de los nuevos sectores urbanos de Lima (cf. Rowe 1954: 14). La metódica forma de actuar de Uhle se refleja a través de sus libretas personales, en las que observamos cómo se preocupó por coleccionar referencias bibliográficas acerca de la antropología, etnografía, lingüística, arqueología y prehistoria de Chile, antes de su partida a Santiago.¹⁰ Como se sabe, aceptó la invitación de la Universidad de Chile para realizar en ese país estudios arqueológicos, regentar una cátedra en dicho plantel y crear el nuevo Museo de Etnología y Antropología de la capital chilena (1912 - 1918).

Es interesante observar, además, la composición de la carga que el estudioso sajón embarcó con rumbo a Valparaíso, a principios de 1912. Uhle y su mujer — pareja sin hijos — registraron catorce cajones de libros, tres de negativos y aparatos fotográficos, tres de carpas y catres de viaje, dos de mapas y artículos de escritorio, dos de objetos de metal y piedras, dos de cuadros, y veinticinco de ropa, muebles y enseres domésticos. A falta del registro de embarque oficial, contamos con unas anotaciones manuscritas del protagonista que detallan la numeración y el peso de esa media centena de cajones. Estos viajaban descompuestos en dos lotes: [a] uno rotulado propiamente de Max Uhle, en 36 bultos y 3.591 kilos de peso, que incluía toda su biblioteca, mapas, cámaras fotográficas, útiles de escritorio e implementos para viaje; y [b] otro marcado con las iniciales HS (Haussachen, “enseres domésticos”), que formaban 15 bultos, con 1.692 kilos. Aunque pudiera imaginarse que había cierta exageración en los pesos declarados, hay que tener en cuenta la recia solidez de los cajones, libros, muebles y artefactos en general que se usaban en aquella época. Sobre un cargamento global de 5,28 toneladas, a la remesa de materiales impresos — libros y folletos — correspondían nada menos que 1.781 kilogramos.¹¹

⁹ IAI/PK, Libreta de apuntes de Uhle n° 92 (1911), p. 82-83.

¹⁰ IAI/PK, Libretas de apuntes de Uhle n° 93 y n° 94.

¹¹ IAI/PK, Libreta de apuntes de Uhle n° 93 (1911/1912), p. 71-74. Se transcribe la lista de cajones en el Apéndice I, *infra*.

6. Conferencias, publicaciones, cartas y viajes

En la jornada inaugural de una serie de conferencias sobre arqueología dictadas en el Museo de Historia Nacional, en 1907, Uhle diseñó un cuadro metodológico y teórico de la ciencia arqueológica y su rol en la cultura de los países americanos. Su intervención contenía algunos puntos verdaderamente polémicos: “Es un deber de honor de estos países — señalaba — destruir el prejuicio europeo [de] que las civilizaciones americanas no hayan tenido historia” (Uhle 1907: 452). Por otra parte, advertía que no era suficiente la tarea de describir y descifrar la simbología de los objetos recogidos en excavaciones, sino que debían formularse al mismo tiempo enjuiciamientos o posturas críticas respecto a la evolución histórica de los pueblos.

Aquello resultaba especialmente válido para el extenso “país de los incas”, pues las épocas de civilización referidas al Perú antiguo trascendían de hecho a las naciones vecinas, como Ecuador, Bolivia, Chile y Argentina (en todas las cuales laboró intensamente Uhle). La arqueología era por lo tanto una disciplina científica de primera importancia, situada en relación directa con la historia, las ciencias naturales y las nuevas ciencias del hombre y de la sociedad. Con esta amplia y conveniente preparación, el arqueólogo debería saber aplicar en las excavaciones las leyes que rigen los caracteres estilísticos y las formas de su desarrollo. En fin, Uhle cerraba la mencionada conferencia de 1907 con una firme invocación:

Ojalá que el Gobierno finalmente preste su protección a los objetos en los cuales opera el arqueólogo peruano para que las excavaciones en el país ya no sean en ninguna parte carnicerías efectuadas por ignorantes, sino operaciones científicas e inteligentes, que sirvan para su objeto histórico y disipen las nubes que envuelven el pasado (Uhle 1907: 457).

Al XVI Congreso Internacional de Americanistas, realizado en Viena en 1908, Uhle envió dos ponencias en alemán: una sobre el significado de los *intihuatanas* o rocas labradas del Cuzco y otra sobre las civilizaciones primitivas de los alrededores de Lima (que se publicaron luego, traducidas, en la *Revista Universitaria de San Marcos*).¹² Como delegado oficial del Gobierno peruano, intervino activamente en la siguiente versión de dicho Congreso, que se efectuó en la ciudad de Buenos Aires en mayo de 1910. También llevó en esta oportunidad dos comunicaciones, ambas en idioma castellano e incluidas en las actas del Congreso: “Los orígenes de los incas” y “Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argenti-

¹² “Datos para la explicación de los *intihuatanas*” y “Las civilizaciones primitivas en los alrededores de Lima”, en *Revista Universitaria*, año V, vol. 1 (Lima, abril 1910), p. 325-332 y 333-347, respectivamente.

na”.¹³ Como apéndice de su participación en el evento bonaerense, dirigió una expedición científica que por espacio de dos meses — junio y julio de 1910 — permaneció investigando en las ruinas de Tiahuanaco, Coati, Copacabana, Puno, Cuzco y Arequipa.

Por el mismo tiempo, el maestro alemán se ocupaba de reunir notas acerca de la estructura social andina, que le sirvieron para componer un memorable ensayo sobre “El aillu peruano” (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, XXI, 1911, p. 81-94). ¿Con qué colegas compartió Uhle preferentemente sus interpretaciones en la materia? Contamos por fortuna con la lista de destinatarios de las separatas de dicho ensayo, que el autor dejó escrita en una de sus libretas personales. Allí figuran los nombres de Fortunato L. Herrera, Manuel Vicente Ballivián, Richard Pietschmann, Thomas A. Joyce, Franz Boas, Marshall Saville, Clements Markham, Alfred Kroeber, Alfred Hrdlicka, Robert Lehmann-Nitsche, Eduard Seler, Lafone Quevedo, Ambrosetti, Jacinto Jijón y Caamaño, entre otros.¹⁴

En el marco de la polémica sobre el quechuismo o aimarismo primitivo de las culturas peruanas, hay que encuadrar una carta — hoy conservada en el Archivo Histórico Riva Agüero — que nuestro personaje envió el 17 de diciembre de 1910 a José de la Riva Agüero y Osma, acusando recibo de su tesis doctoral *La historia en el Perú*. Uhle tenía palabras muy elogiosas para esta obra, que en su opinión (acertada) dejaba entrever la calidad de las aportaciones historiográficas que brindaría más adelante Riva Agüero. Sin embargo, mostraba su diferencia de pareceres en “los acápites conocidos sobre historia prehispana”, pero no entraba en mayores detalles y prometía simplemente ofrecer su contestación en otro lugar (cf. Gutiérrez Muñoz y Estenssoro Fuchs 1990: 30).

A las primeras semanas de su estadía en Santiago de Chile corresponde el borrador de una carta que nuestro protagonista envió al ilustre Clements R. Markham, funcionario de la Real Sociedad Geográfica de Londres y presidente del XVIII Congreso Internacional de Americanistas, que se realizó en la capital inglesa a mediados de 1912. En la misiva Uhle se disculpaba de no poder viajar a tomar parte en dicho evento, debido a las complicaciones que planteaba su reciente mudanza y cambio de ubicación profesional; y esto no obstante que el gobierno de Chile — decía — le había ofrecido licencia y generoso apoyo para el viaje, con gastos aparentemente pagados. A la vez, retiraba un par de comunicaciones cuyo texto había propuesto originalmente a Markham,¹⁵ pero ofrecía en

¹³ *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas. Sesión del 17-23 de mayo de 1910* (Buenos Aires 1912), p. 302-353 y 509-540, respectivamente.

¹⁴ IAL/PK, Libreta de apuntes de Uhle n° 93 (1911/1912), p. 5.

¹⁵ IAL/PK, Libreta de apuntes de Uhle n° 93 (1911/1912), p. 81-85. Se transcribe esta carta en el Apéndice II, *infra*.

cambio su ensayo (luego bien difundido) sobre los conchales de Ancón para las actas del Congreso.

Todavía en la última estación de su periplo sudamericano, la que realizó en la Universidad Central de Quito a partir de 1919 — por invitación del estudioso y mecenas Jacinto Jijón y Caamaño —, Uhle se empeñó en comprobar los alcances de la influencia tiahuanacuense hasta el actual Ecuador. Al mismo tiempo, los hallazgos arqueológicos que efectuó en las cercanías de Loja, como también en las provincias de Azuay y Cañar, le ratificaron en su teoría sobre el traspaso de la cultura mesoamericana a las costas occidentales de América del Sur (comp. Uhle 1935: ii-iv; Linares Málaga 1964: 33).

Sus cuarenta años de recorrido infatigable por el área andina y California brindaron a Max Uhle un cúmulo de materiales y un conocimiento sin igual sobre la trayectoria prehistórica del continente americano. Con esta rica documentación regresó a su país natal en 1933, buscando emprender la ardua síntesis de sus investigaciones. Obstinado y tenaz, insistió por entonces en su tesis sobre el origen mayoide de los primitivos focos de cultura del territorio peruano; y a pesar de que esta teoría ha sido modernamente desestimada, lo reconocemos sin discusión como el “padre” de la arqueología andina. Una clasificación temática de la obra completa de Uhle, propuesta por Eloy Linares Málaga (1964), permite dividir sus contribuciones en estos diez ramos: antropología, arqueología, museografía, arte, etnología, historia, lingüística, geología, prehistoria y miscelánea.

El gran mérito del personaje consiste en haber reconocido el trasfondo milenario de la historia del Perú antiguo, que previamente se reducía apenas a un brillante preludio incaico ante la Conquista. Señaló además que esa larga historia precolumbina — rescatada gracias al concurso de la arqueología — no se limitaba a los confines territoriales del Perú republicano, sino incluía a los Estados vecinos, dentro de la llamada “esfera de influencias del país de los incas”. Para la conservación de ese patrimonio cultural compartido, Uhle puso el acento en la protección de los monumentos y demás vestigios arqueológicos, reclamando disposiciones legales de defensa (cf. Kaulicke 1994). Por todo ello se puede decir, en definitiva, que los aportes sustanciales de la obra del investigador alemán continúan hoy día vigentes.

Según hemos pretendido demostrar con esta contribución, el legado personal de Max Uhle en Berlín encierra grandes virtualidades para analizar los resultados de la investigación arqueológica andina de comienzos de siglo y para rastrear, en particular, una vida entera dedicada con sacrificio y tesón al trabajo científico.

**APÉNDICE I: Lista de cajones embarcados
por Max Uhle a su salida de Lima (1911/1912)**

| | | |
|-------|---|---------|
| Nº 1 | Ropa blanca | 120 kg. |
| Nº 2 | Libros | 115 kg. |
| Nº 3 | Libros | 115 kg. |
| Nº 4 | Libros | 150 kg. |
| Nº 5 | Metales | 75 kg. |
| Nº 6 | Muebles (2 escritorios) y frazadas | 100 kg. |
| Nº 7 | Cuadros | 40 kg. |
| Nº 8 | Cristal y loza | 100 kg. |
| Nº 9 | Cuadros y servicio | 75 kg. |
| Nº 10 | Porcelana | 90 kg. |
| Nº 11 | Porcelana | 70 kg. |
| Nº 12 | Loza | 60 kg. |
| Nº 13 | Cristales | 100 kg. |
| Nº 14 | Muebles, ropa de cama y varios | 120 kg. |
| Nº 15 | Servicio, porcelana y lámparas | 45 kg. |
| Nº 16 | Libros | 120 kg. |
| Nº 17 | Libros | 120 kg. |
| Nº 18 | Libros | 100 kg. |
| Nº 19 | Libros | 160 kg. |
| Nº 20 | Mapas | 100 kg. |
| Nº 21 | Libros | 123 kg. |
| Nº 22 | Libros | 170 kg. |
| Nº 23 | Libros | 140 kg. |
| Nº 24 | Libros | 60 kg. |
| Nº 25 | Libros | 138 kg. |
| Nº 26 | Libros | 130 kg. |
| Nº 27 | Libros | 140 kg. |
| Nº 28 | Aparatos fotográficos y otros artículos | 90 kg. |
| Nº 29 | Negativos | 130 kg. |
| Nº 30 | Negativos | 130 kg. |
| Nº 31 | Artículos de escritorio | 65 kg. |
| Nº 32 | Petrefactos | 25 kg. |
| Nº 33 | Telas de carpas | 100 kg. |
| Nº 34 | Palos de carpas | 20 kg. |
| Nº 35 | Menaje de casa | 150 kg. |
| Nº 36 | Catre de viaje | 5 kg. |
| HS 1 | 3sillas, 2 banquitos y trapos | 150 kg. |
| HS 2 | Sofá antiguo, frazadas y vestidos | 150 kg. |
| HS 3 | Sofá antiguo | 150 kg. |
| HS 4 | 3 sillones, 3 sillas y telarete | 130 kg. |
| HS 5 | Mueble japonés | 100 kg. |

| | | |
|-------|---|---------|
| HS 6 | 2 sillas de baqueta, estantes de huesos, trípode, libro antiguo | 60 kg. |
| HS 7 | 2 tableros de mesas y cuadros | 80 kg. |
| HS 8 | 2 baúles de baqueta llenos | 124 kg. |
| HS 9 | 3 cuadros con vidrio | 100 kg. |
| HS 10 | Rinconera, montura, canastas, 2 marcos, 3 docenas de planchas, trapos, frazadas | 145 kg. |
| HS 11 | 2 pies de mesa y escritorio antiguo | 139 kg. |
| HS 12 | 1 mesita, 1 cajón de mesita, 2 escritorios antiguos, máquina de coser | 94 kg. |
| HS 13 | Cuadro al óleo y 2 espejos | 60 kg. |
| HS 14 | Pilares antiguos de madera y 2 baúles de baqueta | 150 kg. |
| HS 15 | Pie de la máquina de coser, reloj, frazadas | 60 kg. |

Fuente: Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlín, Libreta de apuntes de Uhle n° 93 (1911/ 1912), p. 71-74.

APÉNDICE II: Carta de Max Uhle a Sir Clements R. Markham (Santiago de Chile, 1912)

Dear Sir [Clements]:¹⁶

I have to thank you for your [very] kind letter of ..., the appreciative terms of which fired my ambition to present to the Congress [so happily] presided by you the best I could find for it. In fact, I prepared two papers: one on the chronology of the early civilisations of Ica¹⁷ and one on the ruins of Moche.¹⁸

Unfortunately, I could not come to terms with the Peruvian government for a new contract because [I had to decline the offer because] it condemned me to eternal inactivity in the new Ethnological Museum of Lima [begun under so fortunate auspices under the government of Pardo], and it made impossible to me so much expeditions with money from the government as such with my own, which were expressively forbidden to me — so that I preferred [and this caused] to quit my Lima position, directing me at the same time to Chile, which offered me a similar position, under much more convenient circumstances.

This change of position and move of home, with all its disagreeable consequences, inhabilitates me now — I am very sorry to say — to visit your Congress, though the government of Chile was kind enough to offer me leave for visiting it under the same favorable circumstance which I should have enjoyed when coming from Peru. And as I believe that my papers would possess quite a different value for a Congress if I could

¹⁶ Se transcriben entre corchetes los pasajes tarjados en el manuscrito original.

¹⁷ "Zur Chronologie der alten Kulturen von Ica", en *Journal de la Société des Américanistes*, 10 (Paris 1913), p. 341-367.

¹⁸ "Die Ruinen von Moche", en *Journal de la Société des Américanistes*, 10 (Paris 1913), p. 95-117.

defend them personally against my opponents, I will give them publicity in other place, where they may desafy [work desafying] an immediate opposition.

Should you nevertheless like to enclose something from me in the acts of your Congress, I shall send you for it a treatise on the [origin] inhabitants of the necropolis of Ancón,¹⁹ and shall be very glad if you kindly would accept my modest offer.

Fuente: Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, Berlín, Libreta de apuntes de Uhle n° 93 (1911/ 1912), p. 81-85.

Bibliografía

- Briesemeister, Dietrich (1994): "El Instituto Ibero-Americano en Berlín." En: *Humboldt*, 111: 32-35, Bonn.
- Chartier, Roger (1988): *Cultural History. Between Practices and Representations*. Trad. del francés. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- González Rodríguez, Jaime (1981): *La idea de Roma en la historiografía indiana (1492 - 1550)*. Madrid: CSIC, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.
- Gutiérrez Muñoz, César, y Estenssoro Fuchs, Juan Carlos (1990): *Epistolario de José de la Riva-Agüero y Osmá. Cien cartas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero.
- Gutiérrez de Quintanilla, Emilio (1921-28): *Memoria del Director del Museo de Historia Nacional. Esfuerzos y resistencias (1912 - 1921)*. 2 vols., Lima: Tip. de Ramón Barrenechea.
- Hampe Martínez, Teodoro (1983-84): "Los miembros de número de la Academia Nacional de la Historia (Instituto Histórico del Perú), 1905 - 1984." En: *Revista Histórica*, 34: 281-353, Lima.
- (1990): "El legado de Max Uhle." En: *El Comercio*, 1 de agosto, p. A2, Lima.
- (1994): "Tras las huellas de Max Uhle." En: *El Comercio*, 16 de diciembre, p. A2, Lima.
- Kaulicke, Peter (1994): "Max Uhle y el Perú antiguo." Suplemento dominical de *El Comercio*, 11 de setiembre, p. 7, Lima.
- Krause, Gernot (1994): "Die Notizbücher Max Uhles als Dokumente seiner Forschungen." MS. Comunicación presentada al simposio sobre Max Uhle realizado en el Instituto Ibero-Americano de Berlín (6 de diciembre).
- Linares Málaga, Eloy (1964): *El antropólogo alemán Friedrich Max Uhle, "padre de la arqueología andina"*. Lima: Talleres Gráficos P. L. Villanueva.
- Pacheco Vélez, César (1978): "75 años de historia del Perú." En: *La Prensa*, 22 de setiembre, p. 9, Lima.
- Pailler, Claire, y Pailler, Jean-Marie (1993): "Una América verdaderamente latina: los historiadores romanos y el Inca Garcilaso en la perspectiva de G. Dumézil." En: *Histórica*, 17: 179-222, Lima.

¹⁹ "Die Muschelhügel von Ancón, Peru" en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII Session* (London 1913), I, p. 22 - 45.

- Ravines, Rogger (1989): *Introducción a una bibliografía general de la arqueología del Perú (1860 - 1988)*. Lima: Editorial Los Pinos.
- Rowe, John Howland (1954): *Max Uhle (1856 - 1944). A Memoir of the Father of Peruvian Archaeology*. Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- Tello, Julio C., y Toribio Mejía Xesspe (1967): *Historia de los museos nacionales del Perú (1822 - 1946)*. Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología & Universidad Nacional Mayor de San Marcos (*Arqueológicas*, 10).
- Uhle, Friedrich Max (1906): "Incorporación del doctor Uhle e inauguración del Museo de Historia Nacional." En *Revista Histórica*, 1: 402-423, Lima.
- (1907): "Conferencia arqueológica del doctor Uhle." En: *Revista Histórica*, 2: 450-457, Lima.
- (1909): "La esfera de influencias del país de los incas." En: *Revista Histórica*, 4: 5-40, Lima [reproducido en Uhle 1969: 123-161].
- (1935): "El jubileo del Prof. Max Uhle: su bio-bibliografía." En: *Revista del Museo Nacional*, 4: i-xi, Lima.
- (1969): *Estudios sobre historia incaica*. Nota preliminar de Alberto Tauro. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

